

DONNA LEON

TRAS LOS PASOS DE BRUNETTI

Me di cuenta de lo poco y mal que conocía Venecia hará unos treinta años, cuando los amigos de unos amigos me invitaron a cenar en su casa. Yo había cenado allí varias veces, pero siempre había ido con mis amigos Roberta y Franco, dejándome llevar, como la invitada forastera. Ellos, descendientes de varias generaciones de venecianos, guiaban y yo seguía, escuchándoles, aprendiendo italiano y, de paso, un poco de veneciano. Yo tomaba nota mentalmente de los nombres de sus amigos, ampliaba mi vocabulario, saludaba a amigos y colegas con los que nos cruzábamos en la calle, entraba con ellos a tomar café y recibía recomendaciones sobre las tiendas que debía frecuentar o evitar.

Cada trayecto hecho en su compañía era un descubrimiento y un bombardeo de información. Como ellos me guiaban, yo no tenía que preocuparme de detalles tales como dónde torcer a la izquierda o a la derecha y me limitaba a seguirles. Ellos eran los tiburones y yo, la rémora.

Pero esta vez, por razones que ya no recuerdo, te-

nía que ir sola. Y no podía llegar. Los anfitriones vivían cerca de San Giacomo dell’Orio, esto lo sabía, a la derecha de la pequeña calle que sale al canal, casi al final. Sabía también que, durante la Segunda Guerra Mundial, el padre de Franco se cayó en la laguna a la que había ido a pescar con un hombre que vivía en el segundo piso de la casa de enfrente del apartamento que yo buscaba.

Desgraciadamente para mis propósitos, la cena era a las ocho y media, de modo que ya estaba oscuro cuando crucé Rialto, camino de lo que habría jurado que era el *campo* que yo buscaba. ¿Un plano de la ciudad? ¿Yo? Por favor, yo no era una turista, ¿por qué había de llevar plano? Yo era la amiga de unos venecianos, que iba a cenar a casa de otros venecianos, ¿qué falta me hacía un plano?

Media hora después, por casualidad, salí a *campo* San Giacomo dell’Orio y me puse a buscar la pequeña calle que descendía hacia el canal, la calle en la que vivía el hombre que... Etcétera, etcétera, etcétera. Todas las calles me parecían iguales. Aunque hubiera llevado un plano, ignoraba el nombre de la que buscaba, y dudo que el plano que yo pudiera llevar marcara la dirección del hombre que había ido a pescar con el padre de Franco el día en que éste se cayó a la laguna.

Finalmente, volví al *campo* y pregunté en un bar dónde vivía Giuliano, el joyero. Cuando por fin llegué a mi destino, me excusé por el retraso con una mentira —naturalmente— y los presentes nos aplicamos a la importante tarea de beber y comer.

Al no haber nacido en Venecia, yo carecía de la impronta de *calli, campielli e canali* que forma parte de la herencia del veneciano. Es un legado que se adquiere yendo a tal sitio y volviendo a tu casa y a tal otro y vol-

viendo a tu casa, un día y otro, durante décadas, cientos de veces. Así es como la ciudad se graba en la memoria. Y, al mismo tiempo, vas sumando conocimientos de tipo más humano y pintoresco, como las historias de las personas que cayeron a la laguna, la casa a la que fue a vivir la mujer del carnicero cuando se marchó con el zapatero; la tienda que vendía el mejor *stracchino* de la ciudad, antes de convertirse en agencia inmobiliaria...

Está, por un lado, la augusta historia de la ciudad: los *dux*, la batalla de Lepanto, y Daniele Manin y Paolo Sarpi, víctima de la Inquisición. Está el recuerdo de la *Serenissima* y su imperio comercial, están los pintores y los arquitectos y la interminable lista de los compositores.

Pero está también una historia diferente, más personal, y he comprobado que muchos venecianos se sirven de ella para hacerse su topografía particular. Por ejemplo, el Ponte dei Giocattoli, el puente de los juguetes. Está al final de la calle que parte de Rialto pasa por Coin y desemboca en *campo* Santi Apostoli. Éste es el nombre con el que es conocido desde hace cincuenta años por lo menos: Ponte dei Giocatelli. Pero la tienda de juguetes de la que tomó el nombre ahora vende zapatos. Los venecianos, no obstante, todavía lo llaman Ponte dei Giocattoli, y probablemente seguirán dándole el mismo nombre durante décadas. Como llaman calle dei Fabbri a la que ya no tiene *fabbri* y calle del Cafetier al lugar en el que quizá ya no se tueste café.

Qué gris, una calle con número en vez de nombre.

Yo imagino a Brunetti como una persona que ha asimilado la ciudad de esta manera. Aquí se crió, en su casa se hablaba veneciano, oía a sus padres, parientes y amigos comentar cómo era la ciudad en su juventud.

Aquí iba a la escuela, almorzando en casa y volviendo a clase por la tarde, y así hasta que se fue a la universidad. Siempre recorriendo la ciudad a pie, para ir a casa de los amigos, de visita o a estudiar, o a pasear con la primera novia, o al cine, o a una fiesta, o al Lido o a las islas, en el barco.

Este conocimiento instintivo de la ciudad sólo lo tienen los que han crecido, o vivido, en ella durante décadas y, recorriéndola una y mil veces, se la han grabado en los pies. Quienes vienen a Venecia de visita harían bien en buscarse un amigo veneciano que los guíara por las estrechas calles y les explicara aquí un hecho histórico y allá un episodio de su propia juventud, mientras refunfuña por los turistas o se para a tomar un *ombra*.

Ésta es la tarea que se ha impuesto *Paseos por Venecia*, que permitirá al lector transitar por la ciudad en compañía de un veneciano del que, con los años, se ha hecho amigo. Siendo veneciano, Brunetti no necesita pararse a pensar dónde tiene que girar a la izquierda para salir a una calle determinada. Su memoria almacena las leyendas y los mitos que se han tejido en torno a lugares y hechos a lo largo de mil años, y éstas son las cosas que suelen ocupar su pensamiento mientras camina por la ciudad, y no si tiene que mirar el plano para comprobar si, a la segunda bocacalle, ha de torcer a la izquierda. Por distraído que esté, él nunca se pierde.

Este libro acompaña a Brunetti por los distintos *sestieri* y recoge la impresión no sólo visual sino emocional que le producen los lugares que ha conocido toda la vida. Aunque fiel a San Polo, donde ahora reside, sigue llevando en el corazón a Castello, porque allí vivió parte de su juventud. Siempre que tiene que ir a San Mar-

co, la idea de la riqueza que encierra no deja de producirle cierto desasosiego, por más que él trate de reprimirlo; sensación, sin embargo, que no llega a empañar la viva admiración que le inspira la belleza que encierra. La Giudecca es la Patagonia; no en vano, la generación de sus padres la llamaba *l'isola delle foche*, y él, que ha estado allí en invierno, ha sentido la fuerza del viento y la insidiosa penetración del frío y la humedad. Pero Brunetti es un hombre que se recrea y reconforta contemplando la belleza y le basta mirar al otro lado del canal para sentir que su espíritu se eleva. Cannaregio, en cuyas tiendas y bares se oye hablar veneciano, es sólido y burgués, activo y formal. Dorsoduro se ha quedado prácticamente sin tiendas de comestibles y sólo conserva un restaurante que atraiga al comisario; pero, a veces, un domingo por la tarde, el recuerdo de las vistas que pueden contemplarse desde el Zattere se hace irresistible, y Brunetti ofrece una copa a Paola y un helado a los chicos para animarlos a que le acompañen a dar un paseo. Santa Croce, justo frente a la puerta de su casa, es la zona en la que más a gusto se encuentra, aunque a veces lamenta su proximidad a *piazzale* Roma, con sus coches y autobuses.

En tiempos de los padres de Brunetti, no eran pocos los que pasaban la vida entera en su *sestiere* sin salir de la ciudad para nada, y sin que ello causara extrañeza. He hablado con personas cuyos abuelos no habían sentido el deseo de moverse de Venecia, donde tenían todo lo que necesitaban: trabajo, familia y amigos. Aunque pueda parecer extraño, en la época del turismo de masas, puedo afirmar que muchas de las personas ancianas que viven en los pueblos cercanos a mi casa de campo, a hora y media de Venecia en tren, nunca han estado en la ciudad. También ellos tienen a mano todo lo que ne-

cesitan: trabajo, familia y amigos. Mi vecina de al lado —que en paz descanse— fue a Turín hace sesenta años, a ver a unos parientes, y durante su estancia allí estuvo enferma una semana. Aparte de este viaje, nunca fue más lejos de Belluno, que está a quince kilómetros, y desde luego nunca sintió el deseo de ver Venecia. «¿Para qué?», me preguntaba, y he de confesar que no sabía qué contestar.

Brunetti se crió entre personas como éstas: no se imagina uno a su madre tomando el tren para ir a ver la Arena de Verona o la Cappella degli Scrovegni de Padua. «¿Para qué?», diría. No sé cuántos amigos míos venecianos hablan de la Giudecca como si fuera un suburbio de Buenos Aires.

Brunetti tiene que cruzar la ciudad todos los días y con frecuencia ha de optar entre ir a pie o tomar el *vaporetto*. Su decisión, como la de la mayoría de nosotros, depende de la distancia y el tiempo: según adónde vayas, calculas lo que tardarás y decides. Normalmente, se llega antes andando. A no ser que tengas que atravesar una parte de la ciudad congestionada por los turistas. O que haya *acqua alta* y las calles estén inundadas. O que llueva y todo el mundo lleve paraguas.

De manera que, a veces, se impone el *vaporetto*. A menos que se haya suspendido el servicio por *acqua alta* y los barcos no puedan pasar bajo los puentes. O que el nivel del agua haya bajado y no se pueda navegar por el canal. O que haya huelga.

Estas consideraciones son automáticas y las decisiones suelen tomarse maquinalmente, del modo en que ajustamos el paso para empezar a subir un puente con el pie izquierdo o con el derecho sin ser conscientes del cálculo que determina la elección.

Brunetti recorre a pie toda la ciudad, y tan a me-

nudo que ni se da cuenta de lo que deciden sus pies. Ellos lo llevan a donde tenga que ir y luego a casa. Ellos asumen la misión de guiarlo y le dan libertad de pensar en su trabajo o su familia, resolver un problema, desentrañar un misterio, o preguntarse qué habrá de cena.

A veces, viaja en la lancha de la policía, experiencia que, aun al cabo de los años, lo electriza y le hace vibrar de gozo. Al igual que la mayoría de venecianos, él considera el automóvil un artilugio extraño. Sabe conducir, sí, aunque es el único hombre del planeta que reconoce que conduce mal. La circulación lo desconcierta y la fealdad de la mayoría de autopistas lo horroriza. Siempre se alegra de regresar a *piazzale* Roma, donde encuentra la seguridad del barco.

San Polo, cerca de cuyo *campo* tiene su casa, es el segundo barrio más extenso de la ciudad. El apartamento, añadido a un edificio en los años cincuenta, es *abusivo* y un ejemplo de lo que podía hacerse —y se hacía— en la ciudad y a la ciudad, hasta que se dictaron normas de urbanismo. Los apartamentos como el de Brunetti no se ven desde la calle, por lo que quizá sus constructores pensaban que, si no se veían, en cierto modo, sería como si no existieran. Pero existen, y yo he pasado muchas horas en el interior y en la terraza de uno de ellos, desde la que se ven las cosas que Brunetti contempla y con las que se solaza su espíritu.

Una atenta mirada a fachadas y tejados permite descubrir la cantidad de restauraciones y añadidos ilegales que se hacían en la ciudad hasta que las autoridades municipales decidieron que los ciudadanos particulares no tenían derecho ni aptitud para tapiar una ventana o agregar pisos a su casa. Unos amigos míos, al instalar un ascensor en su *palazzo* del siglo XVI, descubrieron que

—durante los cuatrocientos últimos años— alguien había derribado una pared maestra.

También se robaban habitaciones, por el sencillo procedimiento de abrir una puerta en la pared y ocupar una habitación del apartamento contiguo si éste había estado desocupado durante mucho tiempo. En algunos edificios se observa que se ha abierto una ventana donde no corresponde, o se ha tapiado otra rompiendo la simetría de la fachada, porque a alguien se le antojó que prefería un muro ciego. En el transcurso de un milenio ocurren cosas y la gente olvida.

Su trabajo obliga a Brunetti a ir con frecuencia a Castello, el *sestiere* menos visitado y elegante. Aquí está el *ospedale* y también la *questura*, donde trabajan él y sus colegas. La *questura* real, la de los policías auténticos, se encuentra en *piazzale* Roma, pero el edificio carece de atractivo y está en un lugar rodeado de horrores —automóviles—, por lo que Brunetti se mantiene fiel al ideal platónico de una *questura* situada en el lugar en el que estaba cuando él ingresó en el cuerpo. Desde su despacho, aún puede ver la *casa di cura* de San Lorenzo, restaurada hace tiempo, y la *chiesa* de San Lorenzo, que sigue esperando la restauración desde que él inició la investigación de la muerte de un célebre director de orquesta, hace casi veinte años.

El bar está muy cerca, al pie del puente por el que Brunetti se adentra en Castello alejándose de las hordas de turistas, cuyo aumento le produce creciente impaciencia. Si, al salir del bar, tuerce a la derecha, no tarda en llegar a la *Riva*, desde donde puede contemplar, a su derecha, todo el esplendor de la ciudad.

He olvidado en qué año empezó a considerarse signo de distinción poseer una segunda residencia en Venecia. ¿Fue en 1652? Tener un apartamento en Venecia

te complica la vida desde luego; si no, pregunta a un veneciano. Y, ya puestos, pregúntale lo que supone tratar de restaurarlo: no deja de ser una revelación ver a un hombre hecho y derecho echarse a llorar. Pero estas dificultades no parecen mitigar el ansia de afincarse en Venecia, lo que es una desgracia para la ciudad, ya que los foráneos compran apartamentos que usarán sólo unos días al año, mientras los venecianos se las ven y se las desean para encontrar una vivienda asequible, y los comerciantes que no venden mercancía turística pierden clientela.

Brunetti ve estas cosas, observa cómo un *sestieri* se pone de moda entre los posibles compradores y, al cabo de un tiempo, es sustituido por otro. Ve cerrar la tienda de juguetes, lamenta la desaparición de Domus, que vendía ollas, sartenes y cafeteras desde que él era niño, y teme que llegue el día en que hasta Mascari cierre y entonces ¿dónde comprarán ellos higos y *mostarda*?

Brunetti es un hombre reflexivo, y sus lecturas de Historia le han permitido adquirir una amplia visión de los hechos: él no lamenta la invasión turística porque la gente no le deje andar por las calles o se agolpe en los rincones, para conseguir la foto de la ciudad que nadie ha podido hacer todavía, sino que la deplora desde la perspectiva histórica, por el daño que causa en el tejido de su querida ciudad. El turismo ha hecho cerrar la tienda en la que Paola solía comprar botones y a él le obliga a cruzar la ciudad para encontrar a un zapatero que le cambie los tacones de los zapatos. Él no tiene prejuicios contra los extranjeros ni contra el progreso y los cambios, pero lamenta la pérdida de una ciudad que antes existía —como existen las ciudades de verdad— para atender las necesidades de sus residentes, no para

satisfacer los deseos de una población transitoria y artificial.

Brunetti, sin embargo, siente afecto y afinidad hacia el turista que se mantiene a distancia, sin poner los pies en el punto de destino, y al igual que él, ha viajado a lugares que nunca ha pisado. Bizancio e Isfahan, la Pompeya que Plinio vio destruida y —gracias a Paola— el Londres de Dickens. Porque es un gran lector, Brunetti sabe asumir una personalidad diferente, encontrarse como en casa en lugares que dejaron de existir siglos antes de que él naciera, y moverse por ciudades en las que no ha estado nunca. A estos turistas los considera él paisanos espirituales.

Pero, al igual que la mayoría de los historiadores, Brunetti mira a lo lejos: él sabe que las modas, y las economías, cambian; y sabe también que existe la posibilidad, remota, desde luego, de que la ciudad vuelva a manos de personas como él, que aprendieron su lengua oyéndola de labios de sus padres y asimilaron su geografía acompañándolos en sus recorridos de la vida diaria.

Paseos por Venecia sigue al comisario, captando sus pensamientos y cavilaciones, mientras se mueve instintivamente por el laberinto de las *calli* y *rughe*, a lo largo de las numerosas *rive*. Se detiene con él a meditar y a observar y trata de mostrar al lector por qué su devoción por esta ciudad prodigiosa —pese a decepciones y lamentos— es tan apasionada e incondicional como su amor por su familia.